

perfeccion, aunque aseguraban que habian logrado buenas cosechas de algodón y de maiz. El tiempo estaba seco y agradable y el cielo por la noche sorprendia con el espectáculo de su rara hermosura. Yo no he visto jamas luna mas clara, mas pura, mas alumbradora.

El 26 de enero de 1828 volvimos á Menfis; tuvimos que aguardar cinco dias el vapor que iba á Los-Cincinnati, metrópoli del oeste, donde me habia determinado á ir con mi familia para esperar á Mr. Trollope. Todas las personas á quienes hablamos en Menfis de aquel punto, nos aseguraban que era la mas bella situacion de la parte occidental de los Alleghanies. Entre tanto disfrutabamos de los varios paseos que descubriamos entre los claros del bosque que rodea la poblacion; las delicias de estos paseos verdaderamente agradables y la vista del horizonte inflamado que coronaba el rio nos ayudaban á esperar con paciencia el barco que debia transportarnos.




---



---

#### CAPITULO IV.

Partida de Menfis.—El Ohio.—Villa-Luis.—Los-Cincinnati.



El primero de febrero de 1828 nos embarcamos en el Criterion y volvimos á flotar sobre « el padre de las aguas », como se han empeñado en que los pobres Indios desterrados llamaban el Misisipi. Nuestros compañeros de viaje se asemejaban tan portentosamente á los que lo habian sido desde Nueva-Orleans, que en mi opinion debian ser primos hermanos, y lo mas singular era que tambien habian ascendido todos ellos á las mas altas graduaciones del ejército. En cuanto á vistas, subiendo el rio Wolf, todas se reducen en muchos leguas á selva, selva y siempre selva, siendo el receso del rio y sus usurpaciones en la orilla opuesta la sola variedad que interrumpe su monotonia en algunos puntos. Estos cambios se repiten á menudo, pero nadie me ha dado de ellos una explicacion satisfactoria. En la parte invadida por la corriente, se ven árboles que

crecen en el agua á muchos pies de profundidad; el agua mina con el tiempo sus raíces, y entonces el primer huracan los arranca sin dificultad, los sumerge en el cieno y abandona sus cadáveres á las olas. Asi se acrecienta la cantidad inmensa de troncos desnudos y de balsas enramadas que bajan flotando al Golfo-Mejicano. Las playas de donde se aparta el rio no tardan en cubrirse de cañas silvestres que se levantan con la rapidez de la vegetacion del clima. Este contraste quiebra de cierto modo la igualdad fastidiosa de mil millas de muro vegetal. Pero ya nos ibamos aproximando al rio tan enfáticamente llamado « el Hermoso » (la *Belle Rivière*) de la Nueva-Orleans francesa, y al cabo de algunos dias mas salimos, espero que para siempre jamas, de las fangosas aguas á que con igual énfasis dan el sobrenombre de « mortales » que en realidad les cuadra, porque el aire de sus márgenes mata, y nunca se ha visto que lo que se ha hundido bajo su superficie haya vuelto á aparecer en ella. Con la misma justicia merece su denominacion el « Rio Hermoso. » Las aguas del Ohio son puras y transparentes, y sus márgenes varian continuamente, pues corren por medio de un pais rodado, como dicen allí, expresion que parece significar un terreno que apenas presenta de una vez un nivel de doce

pasos. La selva primitiva sigue ocupando una porcion considerable del terreno, y trepando por las laderas, ó colgando magestuosamente de las rocas; mas se ve cortada por frecuentes establecimientos que animan ganados de todas clases y en que se deleita la vista del viajero. Me se figura que este rio posee casi todas las riquezas de la perspectiva: ya riegan sus claras ondas verdes praderas, ya se encierran entre tajadas rocas; se ven sobre las márgenes lindas habitaciones con sus alegres pórticos, y alternando la hermosura con la gracia, grupos de árboles salvages, fracciones del inmenso bosque, donde la enmarañada maleza indica claramente cuáles son sus habitantes. Muchas veces baja de la montaña un torrente que vierte en el seno del rio su tributo de plata, y si acá ó allá se descubrieran las ruinas de una abadía ó algun castillo feudal para enlazar lo romántico de la vida real con la poesía de la naturaleza, el Ohio seria un dechado de perfeccion.

Tal era la magia de aquel hermoso espectáculo, que cesamos de murmurar de nuestras comidas y cenas, y aun aprendimos á casi rivalizar con nuestros vecinos en su voraz prontitud para tragar: tanta era nuestra ansia de volver á la guardia, por no perder las bellezas de que nos alejábamos.

¡Y á pesar de sus muchos encantos las riberas del Ohio son fatales al hombre! Mas de una vez desembarcamos y hablamos con las familias de los leñadores; apenas vimos una que no hubiese perdido alguna persona, « muerta hacia poco de la fiebre. » Estos infelices son propensos á calenturas intermitentes, y aun cuando sus habitaciones son infinitamente mejores que las de las orillas del Misisipí, no dejan de tener la apariencia de una casta que vende su vida por dinero.

Villa-Luis es una ciudad considerable, muy bien situada sobre el Quentuqui ó ribera meridional del Ohio; paramos algunas horas en ella, para verla, y si no me hubieran dicho que la fiebre suele hacer estragos durante la estación del calor, me hubiera detenido algunos meses, con el objeto de visitar sus amenísimas cercanías. Francfort y Lexington son dos poblaciones dignas de la curiosidad del viajero, mas yo nunca fuí á ellas porque son « pueblos fuera de camino. » En Francfort reside el gobierno del estado del Quentuqui, y Lexington es, segun me dijeron, la residencia de varias familias independientes que con mas tiempo de reposo del que se goza comunmente en América, tienen mas refinamiento, lo que es una consecuencia natural de su manera de vivir.

Las cataratas del Ohio estan á cosa de una milla mas abajo de Villa-Luis, y aumentan la rapidez de la corriente de modo que los barcos no pueden pasar sino en la estación de las lluvias. Los pasajeros tienen que desembarcar por bajo de ellas é ir por tierra á Villa-Luis, donde encuentran otras embarcaciones prontas para recibirlos y acabar lo demas del viaje. Ese inconveniente nos lo evitó la creciente de las aguas que neutralizaba entonces el empuje de la catarata, y no tardará en obviarlo del todo el canal de Villa-Luis por donde podran pasar los buques de vapor desde las vertientes á la ciudad.

Las vistas del Quentuqui son mucho mas hermosas que las de la Indiana, ó las de las riberas del Ohio. Aquel territorio que varias tribus indias se reservaban como coto comun para la caza, era su campo de predilección, su nuevo paraíso; aun no pueden nombrarlo sin conmoverse, y tienen una elegía salvaje ó canto de dolor que entonan todavía en su memoria. La expulsión de estas tribus no es sin embargo de fecha muy reciente: el Quentuqui ha sido ocupado mucho antes que el llines, la Indiana ó el Ohio, y no solo está mejor cultivado, sino que es mas fértil y mas pintoresco que los otros países. Rara vez he visto cuadros mas ricos que los que ofrece el Quentuqui.

Los árboles de la selva son, donde no están muy apiñados, de un tamaño magnífico, y las cosechas abundantísimas, excepto donde la codicia de un cultivador avariento ha fatigado el suelo con repetidas siembras. Campos nos señalaron que habían llevado mieses copiosísimas por espacio de veinte años consecutivos, cuando basta un período mucho más corto para extenuar la tierra con solo hacerle producir tabaco, sin la intermisión de cosechas de otra especie.

El 20 de febrero llegamos á Los-Cincinatos. La población está ventajosamente situada en la falda meridional de una colina que se va levantando poco á poco desde el mismo borde del agua, pero su aspecto es ordinario, pues le faltan cimborios, torres y chapiteles: por lo demás, el puerto es soberbio con más de un cuarto de milla de extensión, está bien empedrado y le rodean limpios aunque no bellos edificios. Yo he visto en la dársena quince buques de vapor y aun quedaba espacio para otros tantos.

A nuestra llegada fuimos á parar á la Fonda de Washington, y nos pareció una fortuna el entrar á punto que iban á comer en la mesa redonda; sin embargo al abrirnos la puerta de la sala, retrocedimos asustadas de ver de sesenta á setenta hombres apoderados ya de sus cubiertos. Comimos con las mugeres de la fa-

milia, y luego salimos á buscar casa para establecer nuestro domicilio permanente.

Entramos en la oficina de un agente de anuncios que decía tener registro de informes de esa clase, y le describimos la habitación que necesitábamos. No puso el más leve reparo, contentándose con decirnos que su muchacho nos llevaría por la ciudad, para enseñarnos lo que deseábamos. En efecto salimos con él, y nuestro conductor nos hizo pasear calle arriba calle abajo, hasta que viendo que no tenía objeto determinado, le pregunté dónde estaban las casas que íbamos á ver.

— «Estoy buscando papeleta,» nos respondió.

Yo le repliqué que para buscar papeleta no necesitábamos de él. Entonces con la mayor actividad empezó á llamar á todas las puertas por donde pasábamos, preguntando regularmente si se alquilaba la casa. Fué imposible aguantar más á nuestro guía; así pues lo despachamos al instante, no sin que me hicieran después darle un peso por «sus servicios.»

Tuvimos sin embargo la buena suerte de hallar pronto una habitación, y volvimos á la fonda con ánimo resuelto de instalarnos en nuestra casa tan luego como estuviera dispuesta. No queriendo cenar ni con los sesenta ó setenta caballeros de la mesa redonda, ni

con las seis ó siete damas del mostrador, pedí que me llevaran el té á mi cuarto. Acercóse á mí una Irlandesa de chiste y buen humor, y tomándome la mano con cierto aire de protección, me dijo: — «Par diez, mi vida, que seáis de la vieja tierra. Yo misma voi á traer os el té para que os lo tomeis solitas, mi vida.» Con esta seguridad nos retiramos á mi habitación, que en cuanto á capacidad y á cama no estaba mal pero que no tenia alfombra, y parecia en tinieblas con los encerados de papel, que son las cortinas del país. Estas colgaduras es menester arrollarlas y atarlas con unos cordones mal enganchados á los marcos de las ventanas, siempre que se quiere ver ó respirar en la estancia. En todas partes del Norte de América me he encontrado con la misma clase de incómodo cortinaje.

Nuestra amiga la irlandesa no se hizo esperar mucho; trájonos el té con el inevitable acompañamiento de un té americano, á saber: cecina de vaca cortada en crudo y varios dulces que en la cara y los hechos probaban su parentesco con la melaza. Acabado nuestro té, nos entreteníamos en hablar acerca de nuestros planes futuros, cuando oímos un golpe fuerte y seco á la puerta. Mi «adelante» fué seguido de la entrada de un personaje corpulento que se proclamó nuestro amo.

— ¿Estais mala alguna? fué su primera pregunta.

— No, señor, todos estamos buenos, á Dios gracias, respondí yo.

— En ese caso, Señora, debo deciros que me es imposible acomodaros en esos términos; aquí no hospedamos familias que toman té á parte, y es menester que vivais conmigo, con mi muger ó fuera de mi casa.

Dijo esto con tal aire de autoridad que casi me cortó; pero me aventuré á darle una excusa diciendo que eramos extrangeros y no conociamos las costumbres del país.

— Nuestras costumbres son muy buenas costumbres y no necesitamos que nos las vengán á enmendar de Inglaterra.

Leyendo despues la «Ana de Geierstein de Scott,» me ha parecido que nuestro amo de Washington no discrepaba en un cabello del mesonero immortalizado en aquel romance, el cual hacia á sus huéspedes comer, beber, y dormir, dónde, cuándo y cómo se le antojaba. Yo no repliqué, pero me resolví á acelerar nuestra mudanza, que al dia siguiente realizamos con la mayor satisfaccion.

Encontramos instalados en una casa bonita y que ofrecia á la primera ojeada bastantes comodidades; mas al momento notamos que estaba desprovista de casi todo lo que los

Europeos juzgan necesario para la decencia y lo que un Inglés entiende por *comfort*. Ni bomba, ni pozo, ni cañería, ni sumidero, ni carro de basura, ni medio alguno aparente de desembarazarse de las inmundicias, que en Londres desaparecen con tanta celeridad que ni aun tiempo hai de reparar en ellas, nada de eso teniamos; y la basura se amontona en Cincinnati con tal rapidez, que me ví precisada á enviar por mi casero para saber lo que habia de hacerse con toda especie de suciedad.

— Vuestra asistenta, me dijo, no tiene mas que poner toda la porquería en medio de la calle, pero cuidado, buena vieja, que ha de ser en medio de la calle. Me temo que no sepais que hemos promulgado una lei, la cual lei prohibe el arrojar esas cosas á los lados de las calles; es menester echarlas en medio, y los cerdos las limpian al momento.

Y á la verdad constantemente se ve á los cerdos por todos los cuarteles de la poblacion ocupados en este trabajo de Hércules. Aunque no es agradable el habitar entre pjaras, es un bien el que haya tantos y que sean tan activos en su capacidad de encargados de la limpieza, porque sin ellos no tardarian las calles en atascarse y convertirse en muladares de podredumbre.

Habiamos oido ponderar tanto la hermosura,

la riqueza y la sin igual prosperidad de Los-Cincinnati, que cuando partimos de Menfis para ir allá, casi sentimos el regocijo del novicio de Rousseau para quien no habia mayor felicidad que « un voyage à faire et Paris au bout! » Al momento pues que acabamos nuestros arreglos y disposiciones interiores, salimos á ver « la maravilla del Occidente, » « esta calabaza de mágico tamaño del profeta, » « este infante Hércules »; y ciertamente jamas entró en ciudad alguna viajero mas favorablemente dispuesto á admirarla que entramos nosotros en Cincinnati. Tres meses crueles habian transcurrido desde que habiamos dejado los encantos y glorias de Londres; en casi todo este tiempo no habiamos visto otra arquitectura que la de nuestro buque y la de los barcos de vapor, y excepto en la Nueva-Orleans apenas habiamos descubierto rastro de habitacion humana. Los ladrillos y la mezcla debian alegrarnos, y una casa de tres pisos parecernos un palacio espléndido. Muchos de estos palacios vimos en efecto y tambien una iglesia de ladrillo que, por dos pingorotes en forma de agujas, llaman la iglesia de los dos cuernos. Mas, ¡ ay! ¡ qué pobre es la realidad cuando la imaginacion ha soñado! Que sé yo lo que esperaba encontrar en una gran ciudad recién salida del seno del desierto. Sin embargo no era entonces mas que

una pequeña poblacion, sin asomo siquiera de adorno en ninguno de sus edificios, y con el movimiento y ruido que basta apenas para animar una ciudad. El vecindario es mayor de lo que la apariencia del pueblo pudiera hacer creer. Parte de esto consiste en el número de negros libres que se apriscan en un rincon de la ciudad llamado Africa la Chica ó «Little Africa, » y parte en lo apiñados que viven los demas habitantes al rededor de los molinos de papel y otras fábricas. Creo que el número de vecinos pasa de veinte mil.

Yo hablo de Cincinnati tal cual estaba á mi llegada en febrero de 1828; despues han edificado algunas iglesias pequeñas, y las torres realzan agradablemente la masa triste y mezquina de sus edificios. En aquel tiempo creo que la única calle que estaba toda empedrada era «Main-Street» ó calle principal. Esta calle es la mayor de la ciudad y la atraviesa toda, correspondiendo á la calle mayor ó calle real de las ciudades de Europa. Las baldosas ó aceras son de ladrillo bien unido, pero se inundan cuando llueve, pues no hai en toda la ciudad un solo albañal. Y lo que mas notable hace semejante omision, es el que la construccion de cañerías es fácil y necesaria. Cincinnati está edificada en la falda de una colina que empieza á subir desde la misma lengua del rio, y si se

abriesen conductos, por sencilla que fuere su construccion, las lluvias bastarian para tenerlos siempre limpios. Ahora es y esas lluvias lavan las calles altas, pero depositan en las mas bajas la basura que arrastran, resultando que se hace recipiente general la segunda calle del pueblo que cruza Main-Street, y que contiene las tiendas y almacenes mejores. Tan horrible muladar no solo es asqueroso sino que durante la estacion del calor debe corromper el aire con sus miasmas.

La ciudad está construida, como creo que lo estan todas las ciudades americanas, por cuadras ó «squares» como allí se llaman. Con todo las «squares» de los Estados-Unidos, no son como las de Inglaterra. Los Ingleses dan este nombre á sus plazas; los Americanos designan con él una manzana de casas compacta. Cada una consiste, ó deberá consistir cuando la ciudad esté concluida, en una masa de edificios que harán frente á los cuatro puntos cardinales, y cada casa tiene ó tendrá comunicacion con un callejon ó pasadizo por un postigo trasero. El plan no seria malo, si la ciudad tuviera las cloacas necesarias; en el estado en que yo la he visto, los tales callejones son letrinas abominables, y me parece que con el tiempo deben ir á peor.

Tiene por linde Cincinnati hácia el norte

una cordillera de montes cubiertos de selva, los cuales, aunque son suficientemente altos y escarpados para impedir toda cultura ó construcción en su terreno, todavía no se elevan lo bastante para dominar desde sus cumbres vista alguna de considerable extension. Divídenlos en varias alturas hondos y estrechos barrancos, que en el verano estan secos y llevan en el invierno torrentes caudalosos : esta perspectiva no ofrece otro accidente en muchas millas al rededor del pueblo. El Ohio encantado es hermoso donde quiera que se ve, mas la sola parte de la ciudad que disfruta de su hermosura, es la calle próxima á las orillas. Las colinas de Quentuqui, subiendo á la misma distancia del rio sobre la márgen opuesta, forman la barrera meridional del sitio en que Cincinatos está fundada.

Al principio de mi llegada me parecian mui amenos los muchos montes cubiertos de arboledas de los contornos, y luego, aun mui antes de mi salida, estaba tan harta de su perspectiva ahogada que me hubiera alegrado ver la llanura de Salisburi. Dudo que ninguno de los habitantes de Los-Cincinatos haya trepado por aquellas lomas tanto como yo y mis hijos, si bien haciamos el mismo ejercicio todos los dias, mas por respirar un aire puro que por gozar de las bellezas del paisage.

Aquellas colinas no dan arbustos ni flores ; en cambio presentan las muestras de mileporas mas delicadas del mundo, y sus vertientes estan llenas de producciones fósiles.

Los árboles de la selva no son ni grandes ni lozanos, y crecen tan juntos que casi se anudan las copas de los unos con las de los otros. Hasta la parra silvestre pierde allí toda la gala : sus graciosos festones solo llevan hojas en las puntas cuando logran abrirse paso por entre las cimas de los árboles que la sostienen ; pues el aire y la luz apenas penetran en el interior de las espesas bóvedas, y los desnudos sarmientos se encaraman por todas partes buscando una atmósfera mejor en donde nutrir sus pámpanos. No encontré con abundancia mas yerba que el poleo, y esa en las laderas donde el terreno estaba algo desmontado. La vegetacion es imposible en cualquiera otra parte, y he aquí la circunstancia que hace las « selvas eternas » de la América unas selvas tan detestables. Cerca de Nueva-Orleans se reanima el aspecto de los bosques con los palmitos y paupaus que no dejan vacío entre la tierra y las ramas de los árboles ; en el Tennesí, la Indiana y el Ohio no he visto nunca el mas ligero adorno de los que realzan las perspectivas de selva. Troncos ya carcomidos y hojas pudriendose hacinadas desde el diluvio son



los tristes objetos que cubren el suelo é infectan el ambiente. La alegre variedad de follage que ofrecen las plantas siempre verdes no se conoce allí, y en el Tenesí y la parte del Ohio que rodea Los-Cincinnati falta hasta la estéril hermosura de las rocas. La escena se mejora pasando al lado de Quentuqui : el rio se ve coronado de magestuosas hayas y de castaños corpulentos ; han desmontado el terreno mui bien, y la yerba que lo cubre es excelente : el paupau crece con abundancia, y aunque tan al norte ni echa fruta ni flores, no deja de ser un bello arbusto. Allí tambien florece el tulipífero con mucha lozanía.

El rio Licking entra en el Ohio casi en frente de Los-Cincinnati ; su corriente es mediana y tortuosa, y á dos ó tres millas de su desembocadura forma una cascada, saltando entre blancos peñascos que á falta de mejores rocas nos parecian mui pintorescos.

---



---

## CAPITULO V.

Los-Cincinnati.—Hacienda de la Selva.—M. Bullock.



Aunque yo no me avenga con los que llaman Los-Cincinnati una de las maravillas de la tierra, no por eso dejo de mirarla como una poblacion extraordinariamente vasta é importante, cuando me acuerdo que hace treinta años cubria la selva primitiva el solar donde ahora se levanta, y aun convendré en que parece que por meses ensanche sus límites y multiplique sus riquezas.

Varios economistas del pais afirman que la conversion casi instantánea de una guarida de osos en tan próspera ciudad es resultado de las instituciones libres que la gobiernan. Como yo no soi profunda en tales materias, creo mas probable que la causa inmediata de su incremento sean el aguijon con que la necesidad estimula constantemente la industria y la falta absoluta de recursos para la holgazanería. En el espa-